

# LOS ÁRBOLES DE HIELO Y OTROS CUENTOS

María Cristina Botelho

Grupo Editorial  
 Kipus



# El observador

En Mansfield, Connecticut, se va acercando el otoño. Desde aquel sendero estrecho diviso la figura frágil de una mujer: va con la cabeza cubierta por un pañuelo. No sé por qué, me da mala espina. Habitante como soy en esta tierra de sueños imposibles, nada me extraña.

Creo reconocer de quién se trata. Era muy jovencita cuando la conocí. La vi crecer como persona. Sus padres no pudieron impedir el vuelo, sabían que se iba para no volver. Encontró el amor: el dominio de otra lengua, la lucha diaria, madrugar y enfrentarse a un mundo agresivo. La vida en este país, como en muchos otros, es agotadora.

Desde la copa de mi árbol aún veo moverse un puntito en el horizonte.

—¿Hacia dónde se dirige?

Creo ser el vecino menos deseado, a partir de cierta hora, trepo el árbol más alto; sombra protectora de mi casa. Me creen loco de remate, piensan que no sacaré nada con ver pasar a la gente, y mi propia vida se irá mucho más pronto de lo que supongo. Podría considerarme un jubilado con una misión especial. Mi actitud no es una diversión, es un compromiso con alguien que está más allá de las cosas. No fallo ningún día del año. Ni las lluvias impiden que esté entre las ramas, en la copa del árbol; con mi impermeable y mi paraguas. Me considero útil, las cosas no pasan por casualidad, cualquier indicio en el celaje me inquieta. La mudanza del cuerpo, el trajinar de la gente, me

obligan a observar. Si hubiese quedado encerrado en mi casa, mi vida ya hubiese llegado a su final. Cada persona que transita por estos caminos es una cuerda que me jala para adelante; dependo de lo que pasa en la calle. Mi árbol es mágico, lo que está lejos se agranda en mi ojo visor, presiento los momentos fatales y también los extraordinarios. Trato de advertir con mi energía, cuando llega una tormenta, no de la naturaleza, de las otras, las que laceran el alma humana. Me solidarizo, bajo del árbol y abro la puerta de mi casa: ofrezco té de manzanilla y de tilo, me aceptan o me piden vino. Nos embriagamos, celebramos una nueva jornada. Me consideran un hombre complaciente, un poco excéntrico, pero inofensivo.

Vivo en una zona rural donde todos se conocen, soy el que más ha vivido por aquí. Muchos amigos de mi generación se fueron para siempre.

Tuve una esposa que compartía mis sueños. Me gustaría tenerla conmigo, ¡decirle tantas cosas! Una mañana cuando desperté, quise hablarle como nunca lo había hecho: era tarde para eso, ¡estaba pálida!, por la comisura de sus labios, una mancha morada, entendí que durante la noche había dejado de existir.

—¡Soy un estúpido, cómo pude dormir de esa manera! ¡Ni siquiera pude abrazarla con todas las fuerzas de mi amor! —Vez que recuerdo aquello, me dan ganas de morir.

No, no puede suceder nada malo. El pasado me atormenta, pero la misión que tengo es cuidar a la gente cercana.

Si me quedo hasta el anochecer, tal vez mi vecina venga con otro semblante y la calle vuelva a sonreír. Lo he comprobado muchas veces; las cosas pueden cambiar en un segundo. No siempre es lo que parece, la tristeza puede haber sido una imaginación mía y nada más. La hierba húmeda; un presagio de lluvia, el llanto es otra cosa. La vi pasar con la espalda encorvada; como si hubiese envejecido. Parecía un pajarillo asustado buscando refugio. Iba desesperada...

¿Y si mi vecina no regresara? Mejor no pensar en malos augurios, quiero creer que ella volverá con otro rostro que le conocí, feliz y tarareando melodías pegajosas, ¿a dónde habrá ido? Las cábalas, a veces, nos llevan hacia un final irremediable: la muerte de las palabras, la muerte lenta, la muerte de las cosas, el aullido de la impotencia...

Me siento como un farero sin horizonte: desde la copa de mi árbol favorito, fui invisible e ignorado por la joven, la situación me dejó angustiado. Trato de ser positivo, no es posible, porque la opresión que tengo en el pecho es el siniestro aviso de algo maligno. Debí correr detrás de ella, bajar del árbol y detenerla. No quise alarmar a nadie, ni perjudicarla. Mi acostumbrada discreción no debe atormentarme. Esperaré un poco y si no hay noticias, encenderé la luz de alarma.

Me pregunto: ¿Soy un buen vecino?, me considero el pulso de mi ciudadela. Doy la señal de alerta, a veces parezco un intruso; la gente sabe que lo hago por solidario. Creo ser único, en estos tiempos es difícil encontrar personas entregadas al dolor ajeno, es un milagro tener cerca a personas como yo. No es vanidad, he vivido demasiado, ¿para qué seguir entonces e ignorar a los otros? Soy un anciano con cachetes sonrosados como los de un bebé, estoy saludable. Mi edad se ha quedado en algún siglo olvidado. Muchos me dicen que el trabajo que realizo es para un policía. Dentro de mí habita un detective; no soy Sherlock Holmes, lo que quiero es ganar indulgencias.

Está viniendo la vecina de la casa verde: donde crecen los naranjos y el limonero que perfuma el aire; ojalá no me interrumpa, en cualquier instante puede saberse algo.

—No se preocupe, doña, la lluvia me tiene sin cuidado... No se moje usted.

—Precisamente, quería advertirle, en la televisión muestran la señal de alerta, debe bajarse y olvidarse de la pesquisa del día.

Puede darle una pulmonía, y a su edad no sé cuál puede ser la consecuencia.

—Con respeto y agradecimiento le pido que no se incomode. Debo resolver un asuntillo y me bajaré de aquí. ¿Me oye?

Parece que entendió, es la vecina entrometida; pájaro de mal agüero.

El reloj corre, los párpados me pesan, felizmente estoy cómodo en esta imitación de sillón fabricado con hojas y corteza, fue una idea fantástica. Agradezco a las arañas y a las hormigas que contribuyeron a su fabricación y no me olvido de los pájaros carpinteros que lo ocupan cuando no estoy.

Si es necesario, me juego la vida: no creo lastimar a nadie, mi diario quehacer contribuye a la paz. Admito que soy un poco raro, converso con el viento, pero ¿quién no lo hace? El agua y la naturaleza me transmiten toda su fuerza. El vapor que emite mi energía parece una locomotora imparable. Los insectos murmuran en mis oídos; no es sordera, son las circunstancias que hablan un lenguaje de advertencia. Esta vez la música es inexplicable; no se compara a ningún sonido. Detrás de todo, hay un llanto confuso.

Ah... caramba, caramba con las vecinas. No puedo ser maleducado, tendré que escuchar lo que me dice la otra, seguro que la anterior ya pasó el chisme al barrio. Eso mismo quería evitar.

—¡Don Eleuterio, bájese del árbol, pescará un gran resfrío, podría ser fatal para usted! ¿Por qué no se va a dormir?

—Nones y nones. Les ruego no intervenir, debo esperar...

¡No lo puedo creer! ¡El estruendo de un rayo! Debo apresurarme en bajar. ¡Ay! ¡Parece mentira! Estuvo muy cerca... Felizmente, ni un rasguño.

—¿Cómo se siente?

—Pues... bien.

—¡Cualquier cosa, avise por favor!

—Claro, claro...

Mi vigilia continúa. Espero que mi audición no resulte afectada, necesito escuchar el mensaje de los insectos. La misión encomendada después de la muerte de mi esposa me ha comprometido. He dado mi palabra de honor.

Halloween suena como una advertencia: celebración pagana de calabazas y disfraces.

No me gusta, no me gusta nada este silencio. Ni siquiera aparecen los insectos, los pájaros huyen asustados...

Escucho sirenas. No son buenas noticias.

El Departamento de la Policía de Mansfield está informando. ¡Bajaré de inmediato!

“Por vecinos testigos del lugar debemos comunicar lo siguiente: La joven salió de su casa a toda prisa, turbada, y caminó sin rumbo. Cometió el acto más atroz. Fue encontrada sin vida. En sus ojos se pudo constatar el miedo dibujado como si fuera una fotografía. Averiguadas las cosas; no tuvo otra alternativa, deambuló durante horas como si estuviese perdida. Encontrar su cuerpo ha hecho posible indagar en su vivienda. Las huellas demuestran, fehacientemente, que fue un oso el que atacó por sorpresa a la pareja. Ella escapó después de haber visto morir a su esposo. Hubo mucha violencia: a unos vecinos les pareció haber oído un rugido estremecedor, se asustaron, pero no le dieron demasiada importancia. La policía no encontró muchos rastros del cuerpo del esposo, hormigas devoradoras se encargaron de él. La joven se arrojó a un lago pantanoso”.

Este informe policial me ha dejado paralizado. Me siento un fracaso. ¿Cómo puedo explicar mi falta de percepción y responsabilidad? Pagué muy caro el error de no haber oído el ruido de la muerte, cuando empezó a rondar nuestra cama y

se llevó a mi esposa. No creo que los vecinos me perdonen esta vez. Soy culpable de la muerte de esa pareja. Esta vez, el demonio se vistió de oso y me venció. Quise ser dios, soy un mortal como cualquiera.

Es hora de retirarme. En este compromiso no caben errores.

La tormenta regresa, la oscuridad se apodera de todo. Me convierto en polvo y observo mi propio funeral. Vinieron muy pocos. Creo que ya me olvidaron.

La narrativa de María Cristina Botelho galopa entre lo poético y lo onírico, tomando temas tan actuales como de persistencia temporal y explorando, a su vez y en cierta medida, aquellas simas que parecen sin fondo pero que están presentes en la memoria y los sentimientos de todos los que alguna vez nos hemos sentido parte de la humanidad. Sencillez y profundidad, ¿cómo no va a ser así de relevante un libro de cuentos, si tiene esos dos elementos en cada párrafo, en cada oración, en cada palabra puesta en ese orden, una tras otra sin pausa, sin temores y con un pulso seguro, fuerte, casi atemporal?

Transitando la actual vía literaria boliviana, María Cristina está continuando, con precisión y premura, ambos elementos dignos de los mejores narradores contemporáneos, el camino que había iniciado su padre el siglo pasado, pero ella lo transita a su manera, y nosotros con gusto la leemos y le agradecemos por este nuevo logro.

Daniel Averanga Montiel.

LOS  
ÁRBOLES  
DE HIELO  
Y OTROS CUENTOS

